

**E**N 1935 se celebró en Santa Cruz de Tenerife la primera exposición surrealista del mundo. Estaba en su esplendor la revista «Gaceta de arte», que atrajo hacia esta tierra la atención de las nuevas artes internacionales. Toda la vanguardia se dio cita en el Ateneo de La Laguna, en la isla tinerfeña. Como representantes vivos de la magna excursión, Breton y Péret. Fueron expuestas setenta y seis obras, originales de veinte artistas. Entre ellos, Picasso, Miró, Max Ernst, Chirico, Giacometti, Magritti, Max Arp, Valentine Hugo, Domínguez... «Gaceta de arte» era dirigida entonces por Eduardo Westerdahl, crítico de arte, poeta, y escribían en ella, entre otros, Domingo Pérez Minik y Pedro García Cabrera.

En 1972 se ha celebrado en Santa Cruz de Tenerife la primera exposición de homenaje público a un arquitecto que por aquellos años treinta representaba a un sector muy concreto de la rebeldía consolidada: Josep Lluís Sert, bajito, serio, de voz rápida y de ideas claras. El homenaje lo organizó el Colegio Oficial de Arquitectos de Canarias en el mes de febrero. En Tenerife, la isla del Teide, un trozo de muchos kilómetros cuadrados rodeados de agua, se reunió el mejor arte de España para rendirle homenaje a este hombre que reside en Boston y que falta de la vida activa de España desde hace casi cuarenta años. El primer homenaje que se le ofrece en este país al fundador de GATCPAC, al animador de ADLAN, al autor del Pabellón de París de 1937: el pabellón donde se incluyó el «Guernica» de Picasso.

Mil novecientos treinta y cinco y 1972. En el aeropuerto de Tenerife, un domingo al mediodía, se encontraron el pasado día 13 de febrero Miró y Sert. Ante ellos, Westerdahl, Pérez Minik y García Cabrera. Un abrazo que es toda una historia de muchos fillos. Con los de la generación antigua, con los de la generación de GATCPAC y de «Gaceta de arte», artistas de diferentes hornadas posteriores: Serrano, Chirino, Millares, Urculo, Sanz, Romero, José Luis Fajardo, artistas de Madrid y de Canarias. Admiraciones para el maestro de los ojos azules, la boca breve, sonriente y silencioso; enfado del maestro Miró cuando lo llaman maestro. Sert, locuaz y cansado, acompañado de su mujer, habló inmediatamente de Nixon y de las esperanzas de que todo cambie en la gran nación americana. «Tendrá que suceder algo nuevo». Oriol Bohigas, uno de los arquitectos españoles que estuvo presente en esta concentración que rodeó a Miró y a Sert, diría más tarde, acerca de este último, que lo que tenemos que admirar de él, por encima de todas las cosas, «es su espíritu

# POR UNA NUEVA ARQUITECTURA

## SERT-MIRO: HOMENAJE Y COLOQUIO EN TENERIFE

experimental, investigador, vanguardista. El espíritu que ha sabido mantener».

### SETENTA Y SEIS MENOS UNO

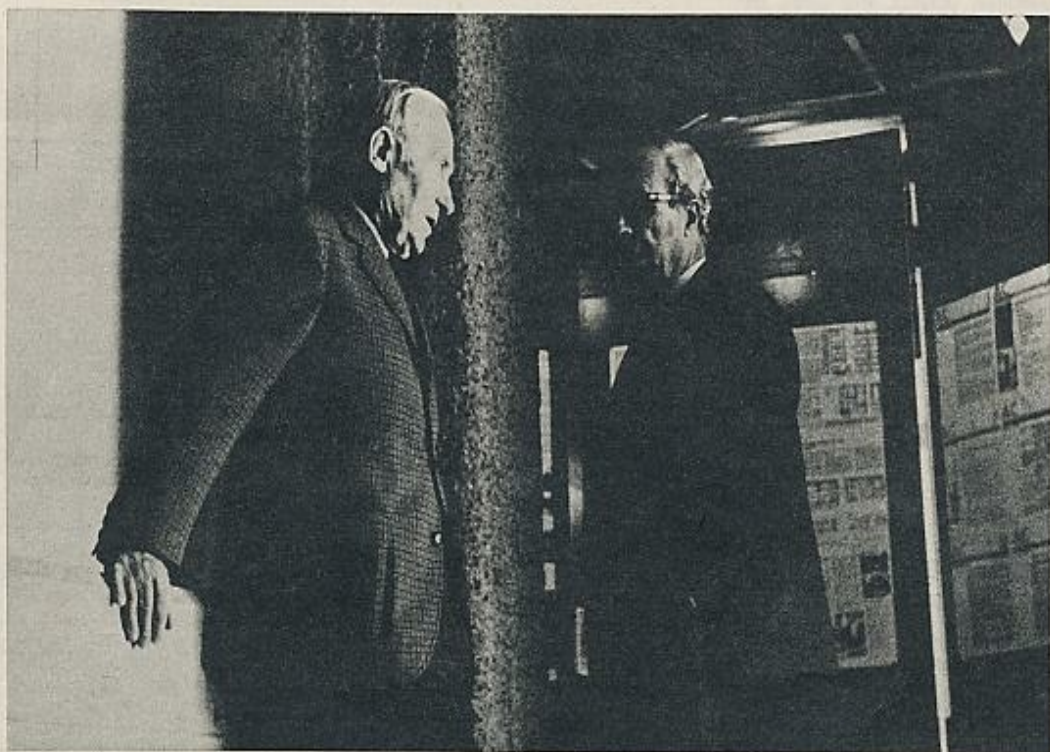
De Boston, donde ahora reside Sert, a Tenerife hay demasiada distancia. Pero, así y todo, a instancias del Colegio de Arquitectos de Canarias, Josep Lluís Sert la superó, con los trasbordos interminables. Antes había hecho que se desplazara una apretada síntesis de toda su obra. Paneles, proyectos, textos, fotografías, diagramas, reproducciones, todo un material fabuloso, útil para llenar una sala de

exposiciones muy amplia, llegó a esta isla de Tenerife. Miembros de la Comisión de Cultura del Colegio se encargaron de seleccionar y montar la exposición-homenaje. Sert, toda una historia de la revolución del concepto antiguo de la arquitectura, toda una visión nueva de la arquitectura como elemento integrado en el resto de las artes, como elemento de cambio en el mundo actual, en las paredes del Colegio Oficial de Arquitectos de Canarias. En España es la primera vez, repetimos, que se hace un discurso tan amplio sobre la obra de este «aristócrata socialista

catalán». El homenaje empezó, justamente, en Joan Miró: el cartel anunciador lo hizo, Joan Miró en cuatro días y sin tachaduras.

Debajo de la exposición de Sert, en otro salón de los locales destinados a exposiciones por el Colegio, una muestra de arte dedicada asimismo a homenajear a Sert. Setenta y seis artistas españoles menos uno, presentes en el cumplimiento de la convocatoria hecha por la entidad colegial. Obras de Canogar, Clavé, Chillida, Chirino, Guinovart, Labra, Millares, Miró, Rivera, Saura, Tapies, Tharrats, Vento, Viola... Hasta setenta y cinco nom-

Joan Miró y Josep Lluís Sert



bres formando una obra realmente desigual, pero a fin de cuentas importante. De los 76 previstos, faltó uno, como ya se venía insinuando: Pablo Ruiz Picasso Estaba perfectamente anunciado todo: vendría, por ejemplo. «El pintor y la modelo», cuya reproducción figura incluso en el programa de mano de la exposición. Hasta al momento de redactar estas líneas, después de haberse inaugurado las dos exposiciones. Picasso sigue sin darse una vuelta por los lugares que han hollado sus amigos Joan Miró y Josep Lluís Sert. No sabemos qué habrá pasado.

#### MIRO: UN MINUTO Y UNA HORA

Las inauguraciones, como ustedes podrán entender, fueron iguales que todas las inauguraciones que se celebran en el mundo. Josep Lluís Sert estuvo desde el principio. Miró llegó un poco más tarde, asediado por los admiradores de sus ojos glaucos un poco ofendidos ante tanta luz. Joan Miró, con su nieto Emilio y su señora, estuvo algo así como un minuto en la exposición de los artistas españoles y un poco más de una hora en la dedicada a la obra arquitectónica de Sert. Acerca de una parcela de ésta, este hombre tan parco en palabras, comentó sobre todo el hecho de que en la casa de Sert, en Boston, hubiera una higuera. «Una higuera en Boston, qué árbol fabuloso». Se tomó un whisky con hielo, sin agua, y no se agotó viendo las creaciones de su amigo. Firmó mil autógrafos, con su puño cerrado, como con dificultad. Mientras, tanto, Josep Lluís Sert, más asequible, parecía otro señor de Santa Cruz viendo lo que ha hecho y lo que hace este señor tan importante que vive en América.

De la exposición poco se puede decir en este espacio. Poco se debe decir, sobre todo porque ya conocerán ustedes otras opiniones de mayor autoridad y de menor prisa. Una cosa sola queremos que quede escrita: todos los que estábamos junto a Miró, a Sert, a los artistas españoles que vinieron, junto a las paredes llenas de historia del arte actual, sabíamos, como escribió José Agustín Goytisolo, que algo estaba sucediendo. Oriol Bohigas lo concretaría más tarde en una conferencia dictada por él sobre la obra de Sert: «En mil novecientos cuarenta y siete me prohibieron la publicación en «Destino» de un artículo sobre GATCPAC. Alegaron que se refería a una arquitectura subversiva. Ahora, al cabo de veinticinco años, se le rinde un homenaje a Sert. Alguna cosa ha habido. Por lo menos, los criterios culturales de nuestro país han cambiado de alguna forma. La arquitectura moderna —concluyó Bohigas— ha sido asimilada a un campo más amplio y menos radicalizado que hace veinticinco o treinta años».

## EXPOSICION HOMENAJE A JOSEP-LLUIS SERT COLEGIO DE ARQUITECTOS DE CANARIAS



SANTA CRUZ DE TENERIFE · FEBRERO 1972

**Inauguración de la sede del colegio  
oficial de arquitectos de canarias**

#### EL ARTE Y LA ARQUITECTURA

Una hora antes de que se inauguraran las dos exposiciones citadas, se celebró, a local absolutamente lleno, un coloquio sobre la interacción del arte y la arquitectura. Dirigió el coloquio María Lluïsa Borrás, profesora de Historia del Arte de la Universidad Autónoma de Barcelona y crítico de la revista «Destino». En la presidencia, un plantel muy atrayente: Sert, Sartoris (el arquitecto italiano que da clases en Suiza), y Martín Chirino, escultor español, autor de la «Lady» que figura al frente del nuevo edificio del Colegio, cuyo decano presidía el acto.

Tras hablar de la necesidad del

trabajo en equipo en arquitectura, Sert hizo unas consideraciones acerca de una frustración suya poco conocida. Quería ser pintor, pero debió dedicarse a la arquitectura porque el otro oficio no estaba muy bien visto en su familia. «Hay una diferencia esencial entre el pintor y el arquitecto: mientras aquél puede trasladarse más fácilmente, mientras está haciendo una obra total, el arquitecto siempre ha de estar más o menos arraigado al lugar donde tiene el estudio». Sert había dicho en la prensa local: «Mi nostalgia es una nostalgia de clima, de luz, una nostalgia de las cosas que había alrededor del lugar donde nací; un elemento mediterrá-

neo. Todo ello, todos los elementos de orden visual, son fundamentales para mi arquitectura. A mí me interesan las regiones culturales del mundo, desde el cultivo de la tierra a las artes en general. Todo ligado constituye una civilización. Me interesan las raíces de las regiones y de los países. Yo tengo mi propia raíz —Cataluña—, y a eso no me podré sustraer nunca».

#### CAMBIAR AL HOMBRE

En el coloquio, Sert habló de GATCPAC: «Nuestra convicción era que podíamos cambiar el ambiente y, a partir de ahí, cambiar al hombre». La arquitectura como instrumento válido para el cambio político. Dijo que tras su marcha del país, en París, Nueva York y Boston ha seguido una línea fundamentalmente paralela a la descrita. «Ahora mismo estamos haciendo en Nueva York habitaciones que podrán alquilarse a muy bajo costo y que están concebidas para que quienes las vivan estén en parecidas condiciones de confort que los que viven en las mejores viviendas de Nueva York. Sert recordó a Torres Clavé, a sus compañeros de GATCPAC, a Joan Prats, el hombre que debió vender sombreros para subsistir, y concluyó autocriticando sus obras para decir que todas sus concepciones parten de esta principal: «La ciudad es la madre de todas las artes».

Alberto Sartoris, por su parte, reflexionó sobre los límites del arte y dijo una cosa muy recalada: «Mientras no hayamos creado un universo en el que las cualidades del hombre a floren sin dificultad, mientras no hayamos articulado la ciudad de la felicidad, hasta entonces no podremos hablar de los límites posibles del arte». Por supuesto, el arquitecto italiano, autor de muchos proyectos para realizar en Tenerife, de cuya arquitectura típica está literalmente enamorado, se mostró contrario a cualquier dicotomía arte/arquitectura. En la sala, todos contentos.

Durante el coloquio hubo una pregunta directa a Sert: «¿Hasta cuándo van a estar los arquitectos dependiendo de los amos?». Decíamos que la reunión fue esplendorosamente optimista. Sert, para no ser menos, dijo: «Llegará el momento. Y devendrá de un proceso educativo sumamente importante en virtud del cual se sustituyan a los curanderos de la construcción por los verdaderos médicos de todas las enfermedades urbanísticas de las que se contagian las ciudades, por muy pequeñas que sean. La culpa es de la gente: la gente no protesta y por eso surgen las catástrofes».

Sobre el tema particular del coloquio afirmó finalmente el arquitecto homenajeado: «Es posible la integración, efectivamente. Se puede crear, y de hecho los artistas

# POR UNA NUEVA ARQUITECTURA

jóvenes lo están logrando, una imagen que dé nuevo carácter a la ciudad». Pero, ¿cuándo va a venir la integración verdadera, Sert? «Tiene que venir, indudablemente, a partir de un cambio radical. Es lo único que la puede hacer totalmente posible».

La ciudad, madre de las artes. Decididamente, los hijos han de estar sucios. Las manos nunca se escapan de la suciedad general del cuerpo.

## «MOVILICENSE, MOVILICENSE»

¿Y cómo va a venir el cambio radical?

Al día siguiente, otra mesa atractiva. Nada menos que Sert, Fernández Alba, Oriol Bohigas y Sartoris. Entre Oriol y Sartoris, un sillón vacío. No tenía por qué ser necesariamente significativo. El tema, la enseñanza de la Arquitectura. Estaba previsto que asistiera también Javier Carvajal, a quien alguno de sus múltiples cargos, presididos por su conocido don de la ubicuidad, le impediría llegar a la isla. Estaban presentes numerosos alumnos de la Escuela de Arquitectura de Las Palmas y de la Escuela de Arquitectura Técnica de Tenerife. La ausencia de los profesores de la primera de las Escuelas fue citada, desoladamente, por uno de los alumnos que intervino en el coloquio: «¿Cómo podemos pensar que se tiene interés en enseñarnos algo útil si ni siquiera nuestros profesores están aquí, ahora, con nosotros?». Sert tranquilizó al alumno diciendo que todo era más complejo y que el cambio de actitud ante la enseñanza de la Arquitectura no depende sólo del profesor. «Movilicense. No esperen que nadie haga posibles los cambios que ustedes tienen que provocar». Sert dijo que la crisis de las Escuelas de Arquitectura es internacional: «Estamos de cara a cambios en la sociedad y en los sistemas económicos: eso tiene que reflejarse, necesariamente, en la Arquitectura. Las evoluciones se notan. Por ejemplo, cuando yo llegué al Departamento de Arquitectura de la Universidad de Harvard, los alumnos tenían una mentalidad industrializadora. Sus preocupaciones se iban por el lado de la tecnología. Cuando salí, la preocupación era eminentemente social. Se ha operado, pues, una gran transformación, y los estudiantes son conscientes de lo que está pasando alrededor. Y eso está ocurriendo en casi todos los países del mundo». Los alumnos saben que el cambio se va a producir, y saben que va a ser radical. No quieren, por otro lado, encontrarse al final, cuando el cambio sea verdad, con las manos vacías, como advertiría más tarde Oriol Bohigas.

El mismo Bohigas destornilló todo el aparato que rodea a las teorías acerca de la responsabilidad total del arquitecto. Se cree firme-

mente en la capacidad de influencia ideológica, de transformación del mundo, que se le atribuye al arquitecto. «Antes, el arquitecto era responsable de todo proceso de diseño y servía para controlar todo un proceso ético. Hoy, sin embargo, nos enfrentamos con una realidad que invalida esa imagen. En este tiempo, un objeto aparece en el mundo del consumo sin un autor eminentemente responsable. Pongamos que aparece la casa. En todo su proceso, el arquitecto ocupa un lugar importante, pero no decisivo. El producto, en definitiva, se crea y se consume un poco al margen del diseñador». Bohigas dijo, en el mismo sentido, que «el arquitecto, como hombre con ideología, ocupa sus convicciones más en problemas de ciudadanía (el eufemismo que sustituye a la palabra política) que en su cometido específico, donde es efectivamente un empleado sin mayores responsabilidades verdaderas. Y las Escuelas de Arquitectura están pensadas para eso: para que el arquitecto se convierta en un pequeño empleado dentro de la industria de la construcción, haciendo siempre caso omiso de cuáles sean sus planteamientos ideológicos generales».

Fernández Alba, profesor de la Escuela de Madrid, tuvo que moverse dramáticamente irónico en su asiento cuando oyó que un alumno pedía un consejo: «¿Cómo tenemos que estudiar para que nuestra profesión tenga sentido, para que nuestra profesión tenga poder de cambio de la sociedad?». Alba opinó: «El problema está en que se solicita un consejo ante la existencia de una mentalidad periclitada; la mentalidad que informa los sistemas de enseñanza que ustedes siguen». Sert fue, tal como están las cosas, más abstracto y más

idealista: «No tiene sentido que ustedes estudien si no tienen fe en la posibilidad de un mundo mejor y en la inmediatez de cambios radicales; no tiene sentido si ustedes no conservan la fe en que la Arquitectura se convierta en una profesión con más posibilidades. Y, primero de todo, eso depende de ustedes. Yo creo en los cambios. No hay una solución única y perfecta nunca. Hay muchas soluciones. Ustedes mismos tienen que buscarlas y lograr que desaparezcan las limitaciones antinaturales que hacen imposible hoy en día la labor de un arquitecto. Depende de ustedes. Movilicense».

Hubo un silencio. Los estudiantes estaban ante cierto jeroglífico. La palabra «¿cómo?» era la única respuesta que podían dar, honestamente, a Sert. Oriol, apasionado pero muy claro, afirmó: «Algún día las circunstancias jugarán otro papel más esclarecedor. Nos movemos en una sociedad, en un mundo, donde cada día todo es más difícil. Y este mundo va a cambiar únicamente en virtud de un proceso revolucionario. Y yo pienso que un arquitecto siempre trabajará mejor tras una evolución radical de la sociedad que antes de ella. Creo que la sociedad va a cambiar de alguna manera. Que el cambio no nos encuentre con las manos vacías».

Sert, apretando el micrófono, cogió el hilo, comentando las palabras del «amigo Bohigas», como él llama constantemente a Oriol: «Movilicense. Si ustedes esperan algo de otras generaciones, están perdidos. Nosotros, en nuestra generación joven éramos pocos, pero nos quedamos poco sentados. Son ustedes mismos los que han de hacer surgir movimientos de protesta. Si ustedes no lo hacen, la enseñanza de la Arquitectura y, por

consecuencia, la propia Arquitectura, seguirán en la misma situación durante mucho tiempo. En nuestros años de estudiantes, las Escuelas nos marcaban proyectos extemporáneos. Nosotros no los aceptábamos y hacíamos los trabajos que creíamos más operativos en nuestra sociedad. Eramos nosotros quienes lo hacíamos todo. No esperábamos nada de los de la antigua generación. Entre otras cosas, porque nada nos iban a dar. Son ustedes los que pueden posibilitar una nueva estructuración de los planes de estudio».

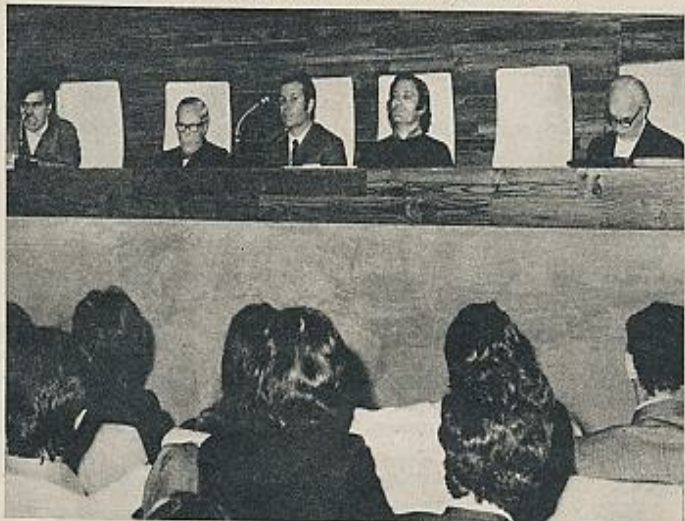
Se habló luego de la dependencia amo/arquitecto; de la especulación del suelo; de la «isla democrática» surgida en la Escuela de Arquitectura de Barcelona... Sert, antes de ofrecerse para ayudar en todo lo posible a los estudiantes, que de cualquier manera salieron un poco «in albis» de este coloquio abstracto y optimista, dijo que lo más importante es la «experimentación, el trabajo constante. Cumpliendo esas premisas, nada es imposible». Hubo como un respiro entre los idealistas.

## LAS SEIS ETAPAS DE SERT

Oriol Bohigas fue el penúltimo conferenciante de la semana del arte y la arquitectura que siguió al homenaje a Josep Lluís Sert. La conferencia de Bohigas se refirió exclusivamente al arquitecto catalán. Citó seis grupos de edificaciones dentro de la historia general de Sert. Habló de la etapa de GATCPAC, cuando Sert pensaba que la arquitectura podría cambiar con urgencia este mundo; modificando el entorno físico se modifica a las personas. Las ideas eran comunes a todo el grupo de GATCPAC. Un grupo que, sobre todo en Cataluña, su lugar de origen, gozaba del favor del Gobierno de la República, régimen político de la época en que surgió. A esa etapa corresponde la obra del Sert más influenciado por Le Corbusier: programas polémicos lanzados a la polémica pública: casa de la calle Muntaner, Plan Regulador de Barcelona, Ciutat del Repós en Castelldefels... El segundo grupo de obras se mezcla con la llegada del espíritu racionalista, cuando se reconsideran los valores regionales: se trata de tomar la arquitectura tradicional y reconvertirla, sin copiarla. Este Sert, autor de las casas para fin de semana en Garraf, por ejemplo, es el más válido e históricamente más trascendental. Es, sobre todo, el Sert del Pabellón de París de 1937.

Hay otros Sert: el que en Nueva York se dedica exclusivamente al tratamiento de la vivienda modesta, con el estudio sistemático de las necesidades específicas de la familia; el Sert menos feliz: el del formalismo populista, el de unas obras que se escapan a las ideas racionalistas y regionalistas ante-

Coloquio sobre la enseñanza de la Arquitectura: Alba, Sert, decano del Colegio de Arquitectos, Bohigas y Sartoris.



riores, el Sert del estudio de Miró, en Palma de Mallorca, y el de la fundación Maeght, en Francia; el quinto Sert, el que llega a un realismo de alto nivel tecnológico. Este Sert es el que se dedica a hacer edificios para museos y edificios para centros docentes. Responden las dos gamas a una mayor idea de operatividad: es en este grupo de obras, realizadas en su mayoría en Boston, en las que Sert introduce la interpretación del concepto de la ciudad dentro del edificio, arquitectura y urbanismo cogidos de la mano.

El último Sert es el que ahora mismo proyecta viviendas para alquilar a bajo precio en el East River, de Nueva York. «Este proyecto —dijo Bohigas— aporta este gusto de Sert por la vuelta hacia la ciudad anónima. Puede ser una obra indicativa». Fue entonces cuando Oriol destacó la actividad docente de Sert e hizo profesión de fe en la juventud constante del homenajeado, quien por cierto no pudo estar presente en esta conferencia.

#### Y EL ARTE CONTEMPORANEO

Se acabó la semana. Fue agotador, realmente. Si ustedes ven el libro de Moreno Galván sobre la vanguardia artística española y saben que la mayor parte de los hombres que ahí se citan estaban, de una u otra forma, en Tenerife, pueden entender hasta qué punto era magna la concentración. Y se acabó la semana hablando precisamente de ellos. Eduardo Westerdahl, el organizador de la exposición surrealista de 1935, el director de «Gaceta de arte», de Tenerife, habló del arte español contemporáneo. En la sala, muchos de los protagonistas. Al final, Westerdahl dijo esta frase de Picasso: «Un cuadro vive su vida como ser viviente y sufre los cambios que la vida cotidiana nos impone. Ello es natural, puesto que un cuadro sólo vive para aquel que lo mira». De momento, para quienes vivieron la exposición del Colegio de Arquitectos de Canarias, dos cuadros de Picasso están, por lo menos, hibernados.

Por otro lado, para terminar queremos dejar en alto una consideración histórica de Westerdahl: «Baste decir que en Tenerife se hizo una gran exposición internacional del movimiento surrealista antes que en París y Londres. Esto fija un clima que nos da una tradición de ciudad abierta, de preocupación contemporánea. A nadie puede resultar extraño este homenaje a Josep Lluís Sert; la presencia de Joan Miró, los 75 pintores convocados y las personalidades que han acudido a estos actos».

Joan Miró lo había dicho de otro modo, con sus oraciones absolutamente simples, al llegar al aeropuerto: «En Tenerife tenía que ser». ■ JUAN CRUZ RUIZ. Fotos: J. R. DE LA CRUZ y E. MARTIN.

# JOAN MIRO DEL MEDITERRANEO AL ATLANTICO

**A**UNQUE la exposición-homenaje inaugurada en el Colegio de Arquitectos canarios, en Santa Cruz de Tenerife, está dedicado a Josep Lluís Sert, Joan Miró, uno de los contribuyentes a la misma, logra arrebatarse al ilustre arquitecto catalán la atención pública. Y esto, incluso desde antes de la llegada de ambos. El cartel que anuncia el acontecimiento es obra de Miró. El cartel, del que se hiciera una primera tirada de mil ejemplares, se agota en menos de una semana, aunque la mayor parte de las copias se venden a treinta duros. Además, están los ciento cincuenta ejemplares numerados y firmados por el artista, que se venden a cuatro y seis mil pesetas.

Miró se queda parado ante el ejemplar de su cartel que monta guardia a la entrada de la sala de exposiciones del Colegio de Arquitectos.

—¿Ha quedado bien, verdad?

Sí, Miró. Ha quedado muy bien. Miró se enfadó en el aeropuerto de Santa Cruz con un periodista que le llamara «maestro». «No me llamen "maestro". Llámenme Juan, simplemente». Déjeme decirle, Juan, que, a veces, no resulta tan simple ser tan sencillo.

El cartel tuvo que hacerse precipitadamente. Miró, allá en su taller de Palma de Mallorca, no suele trabajar con tanta pri-

sa. Pero tratándose del cartel para el homenaje a su viejo amigo Josep Lluís Sert, se puso al trabajo con el ardor, el entusiasmo y la inspiración de sus mejores días.

## EL ABUELO, SUS MURALES Y SU NIETO

Joan Miró ha venido a Santa Cruz acompañado de su mujer y de un nieto de trece años, rubio y espigado, que es más alto que su abuelo. Sin embargo, Miró, poco impresionado por estaturas, vela sobre él como una clueca. «¿Dónde está mi nieto?». Miró tiene el cabello blanco y fino y los ojos claros, diáfanos, y una sonrisa limpia. A través de su más de medio siglo de quehacer, Joan Miró ha llegado a una etapa que queda patente, notablemente, en ese gran mural del aeropuerto del Prat, en Barcelona.

—Hoy me interesan los murales, cara al público y en contacto con la gente.

En su primer visita a la exposición se queda un poco sorprendido ante un cuadro suyo, enviado por la galería Maeght, de París, que fue quien lo eligió, a petición del artista. Es un cuadro ya antiguo.

—Yo iba a traer uno conmi-

go, en el avión. Pero era demasiado grande y no cabía.

El hotel donde están alojados los artistas y otros invitados de los arquitectos canarios, queda a cinco minutos de agradable paseo del Colegio, cinco minutos de marcha por la Rambla del Generalísimo, sombreada por palmeras y bordeada por algunas de las pocas mansiones de arquitectura típica canaria que quedan en la capital. Bajamos el paseo con Miró, sorteando los vehículos que empiezan a estacionarse en el amplio andén central (¿pueden imaginarse coches aparcados en medio de la rambla de las Flores?), hasta ahora uno de los pocos refugios del peatón en esta ciudad de calles generalmente estrechas, donde los automóviles ocupan las dos aceras, la calzada y parte de las fachadas colindantes. Miró parece reprimir un escalofrío, contemplando el panorama.

—Santa Cruz es una bella ciudad. Pero —y con una mano se acaricia la piel de la otra— a mí me hace falta el Mediterráneo. Lo necesito.

A nuestra izquierda, al fondo, los montes oscuros. Arriba, el cielo excepcionalmente nublado de esta ciudad normalmente soleada.

Hablamos del Mediterráneo, de su Mallorca. Le hablo de Can Picafort, que yo conociera en los años inmediatamente anteriores al «boom» turístico, con su minúscula población, compuesta mitad de contrabandistas y mitad de guardias civiles, todos viviendo en buena armonía.

—Es una lástima lo que han hecho con aquello —dice—. No lo reconocería usted ahora. Los hoteles, el turismo...

Hay como un fatalismo teñido de despreocupación en el tono del artista que vive en la casa blanca de Mallorca, la casa que diseñara Sert. A fin de cuentas, la luz y el color siguen allí, pese al turismo. Esa luz y ese color tan necesarios.

# POR UNA NUEVA ARQUITECTURA

## LA SOMBRA DE PICASSO

Cuando llegamos al Colegio de Arquitectos —«Sert y yo queremos echar un vistazo, tranquilos, a la exposición, antes de irnos. Con los jaleos de estos días, no hemos podido...»—, dos policías armados, que no estaban allí una hora antes, parecen montar guardia junto a la entrada de la exposición. Uno de ellos es fornido, el otro, más delgado. Ambos tienen cara de pocos amigos y el barboquejo sobre el mentón. «Deben haberlos puesto de protección», aventuro.

—Espero que no haya ningún atentado —se inquieta Miró—. Después de lo que ha ocurrido con Picasso en Madrid y Barcelona... ¡Qué horror!...

Miró echa un par de ojeadas intranquilas a izquierda y derecha. Parece que no hay moros en la costa, pero con «esa gente», nunca se sabe...

En los locales de la exposición, los directivos del Colegio se agolpan en torno a Miró y Sert, que querían echar «un vistazo tranquilo». Se comenta el brevísimo plazo (cuatro días) de que dispuso Miró para hacer el cartel, cuyo encargo se le hizo a última hora. Al principio se negó a realizar un trabajo tan apresurado. Al artista le gusta trabajar en calma. Pero se trataba de Sert...

—... Y menos mal que salió bien a la primera. Si no, no habría tenido tiempo de repetirlo —comenta retrospectivamente aliviado.

A continuación, se suceden los comentarios elogiosos para La Polígrafa, de Barcelona, que realizó la impresión impecable en un tiempo record.

Le hablo a Miró de una foto que hice recientemente, con el fondo del mural del aeropuer-

to barcelonés. «La estuve buscando para pedirle que me la firmara, pero, desgraciadamente, no pude encontrarla».

—Qué lástima. Cuando la encuentre, envíemela a Palma para que se la dedique.

Y, tras una pausa, el premio de consolación:

—¿No le he dedicado un cartel?

—Pues, no. La verdad es que...

—Venga, venga...

Miró se dirige a la entrada, donde dos celosas y uniformadas azafatas del Colegio de Arquitectos velan sobre la pila de carteles.

—¿Me permiten? Soy Miró. Quisiera dedicarle un cartel a este señor.

«Soy Miró». ¿Qué les parece? Las chicas abren ojos como platos. A estas alturas le conocen como si fuera de su familia. Acceden, tartamudeando, y Miró se emplea en la dedicatoria concienzudamente. Al verle trabajar con un lápiz de mina de carbón, le propongo, torpemente, un marcador de tinta.

—Prefiero el lápiz. Es más personal.

Y la mano ágil y segura parece las letras con trazos firmes, matizados.

—¿Ve usted? —y la mano traza una majestuosa «R» mayúscula, con los extremos de las curvas más afilados que el resto del trazo.

—Esto no es posible con un bolígrafo.

Cuando ya ha terminado, las azafatas comentan, preocupadas: «¿Qué vamos a decir cuando haya que justificar ese cartel que falta?». «Señorita, no tiene más que decir que se lo llevó un tal Joan Miró». «Sí, pero es que nos controlan mucho...».

Y ahí no acaba el problema, una vez roto el fuego, se agolpan los pedigüenos y Miró firma cartel tras cartel, en una especie de alegre frenesí. Los jóvenes, que también han tenido derecho a su autógrafo, suspiran excedidas.

## TRES MIL QUINIENTAS FIRMAS

Ante una vieja fotografía de grupo, de los años treinta, Miró y Sert se detienen simultáneamente, en silencio, con los ojos muy abiertos y nostálgicos. «Esta época fue muy importante para nosotros». Y no parece que fuera ayer.

—¿Se vuelve Miró directamente a Palma?

—No (es la señora de Miró la que contesta). Vamos a Madrid primero. Sólo veinticuatro horas, porque queremos ver la exposición itinerante de Joan Prats, que está en Madrid estos días. Prats fue un gran amigo nuestro. Aprovecharemos para hacer una visita al Prado.

Alrededor de Miró hay un asedio constante, un asedio cauteloso, sin embargo. La aparente fragilidad del pintor hace que periodistas, mirones, cazadores de autógrafos, se desplacen a su alrededor con cautela, casi de puntillas. Joan Miró, en su estudio mallorquín, trabaja hasta diez y doce horas diarias. Su amigo Sert se ríe ante el apuro de quien teme que los cazautógrafos fatiguen a su amigo. «Ha habido días en que Joan ha firmado hasta tres mil quinientas litografías». Para que se fie uno de las apariencias. Y surgen las inevitables comparaciones: Picasso, Pau Casals...

## DESMITIFICACION

Hablamos de la inauguración del homenaje a Sert. Miró está conmovido.

—Fue maravilloso. Qué afición... Toda aquella gente... Sin embargo, a mí me cansó. Es posible que me hayan criticado por no ir a la cena al día siguiente. Pero la verdad es que yo estaba cansado. No estoy acostumbrado a aglomeraciones...

Y hablando de desmitificación... Desde el principio, Miró llega rodeado de una aureola que quiere que el maestro sea reacio a curiosos y periodistas. Sin embargo, Olga Darias, nuestra bella compañera de los lejanos días de la escuelita de Zurbano, le hace el primer día lo que Juan Cruz calificará más tarde, en otra larga entrevista con el maestro, de «quizá las declaraciones más largas que haya hecho Joan Miró en los últimos tiempos». Y el que suscribe, cuando ha podido localizarle en un momento libre de gestiones personales, actos o excursiones, no ha tenido la menor dificultad en establecer un diálogo espontáneo.

Nadie más asequible que este anciano de cutis y paso juveniles. Nadie menos engréido, menos lejano.

Cuando se publiquen estas impresiones, Joan Miró estará probablemente ya de regreso a Palma. De nuevo, entregado a su trabajo. Atrás, casi en las antipodas de la geografía española, queda la exposición de homenaje a Josep Lluís Sert, ese amigo de más de cuatro décadas, por el que el pintor ha abandonado temporalmente su tranquilidad y su Mediterráneo, para dejarse llevar, muy excepcionalmente, por el torbellino de aviones, maletas, hoteles, actos... La amistad tiene esas cosas. Y, además, como el mismo Miró ha dicho:

—Es la primera vez que se le rinde homenaje, en España, a José Luis. ■ JUAN RAMON DE LA CRUZ.